



EL LINAJE

DARÍO FRITZ

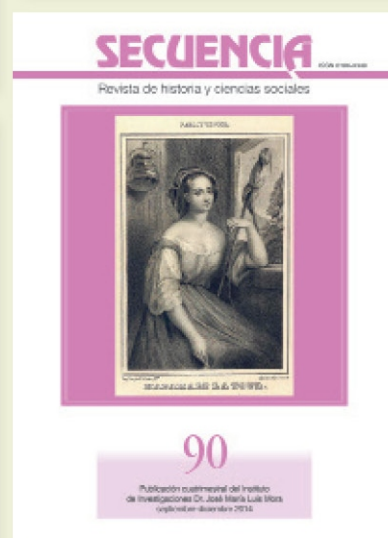
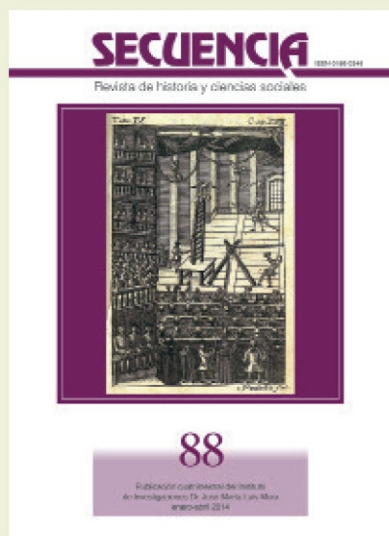
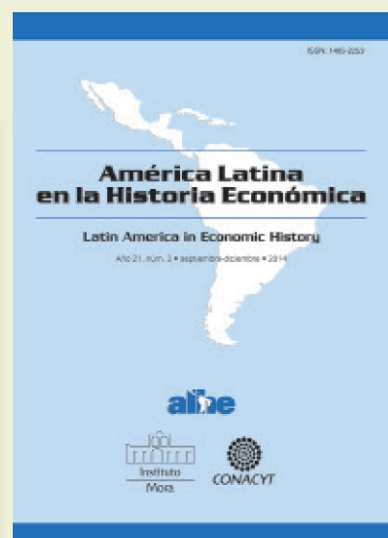
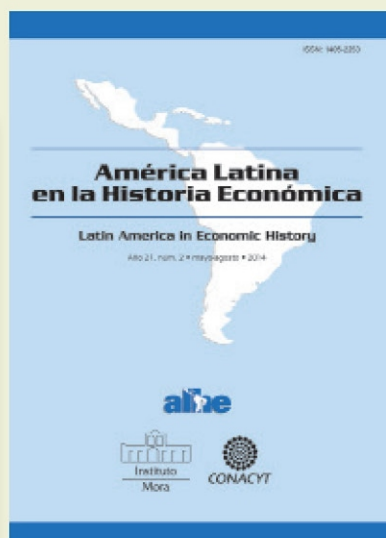
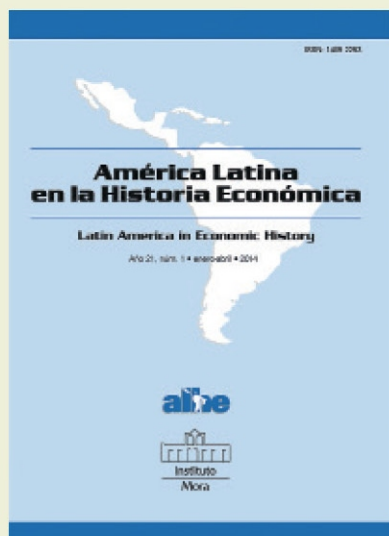
Tanta seriedad apabulla. Nadie se sale aquí del libreto. Todos bien planchados, las manos en sus lugares, los calzados lustrosos, las miradas concentradas, ni una pestaña alebrestada, ningún cabello que se aparte de su sitio. No importan edades, sexo, ni jerarquía familiar. Una obediencia ciega ante los flashazos del fotógrafo. Aquí no se mueve una hoja. Nada diría que después de terminada la sesión, esas niñas y niños convertirían el lugar en un jolgorio. Uno se atrevería a creer que el patriarca diría *vamos a casa*, y todos saldrían en fila detrás de él en busca de la calle. Silenciosos, disciplinados y respetuosos. De allí a la iglesia, posiblemente, para que la niña Guadalupe Suárez recibiera su primera comunión. Miradas, formas de pararnos, vestimenta, dicen mucho de nosotros para explicar lo que somos. Nada haría suponer que de las gemelas Teresa y Concepción, aupadas por su madre y su abuela, o de los niños estilo marinero José y Ricardo, serían jóvenes algunos años después que romperían con los cánones conservadores en los que se los criaba allá por 1919. Mucho menos de Ignacio, el mayor, con más porte por lo que se ve para ser uno de los tantos profesionales de carreras tradicionales

entre las familias de abolengo de Querétaro. La revolución de Villa y Zapata había pasado de refilón por el estado y aquellos niños más grandes, como Guadalupe e Ignacio, poco supieron en esos momentos de la guerra intestina que sacudió a las familias mexicanas. Cuidados al extremo de la contaminación que podría significar la violenta realidad política y social del país.

Aún y cuando el abuelo Adolfo era el prominente Director del Colegio Civil de Querétaro, que a tono con las investiduras de largo aliento de la época permaneció 18 años en el cargo. Lo dejó en 1911 para ser nada menos que gobernador. A la par de que Porfirio Díaz abandonaba la presidencia eterna, también lo hacía en el estado Francisco González de Cosío, otro longevo en aquello de atarse a la silla: 24 años continuados gobernando. Don Adolfo poco pudo hacer. Duró algunos meses apenas. Se iniciaban los gobiernos estatales que al cabo de unos cuatro meses terminaban quitados. Pero esa es otra historia. El principio de la familia siempre unida no queda duda que se habrá preservado hasta nuestros días en el linaje que el ingeniero Adolfo de la Isla heredó y supo fortalecer y extender.



Primera comunión, Querétaro, 1918.
Colección Laura Suárez de la Torre.



Novedades editoriales

Consulte en línea la Biblioteca y la Librería del Instituto Mora.
www.mora.edu.mx y www.libreria.mora.edu.mx



EN ESTE NÚMERO

ARTÍCULOS

El ambulante en el siglo XIX.

La batalla del 5 de mayo.

Antojitos mexicanos. Entre el gozo y la desconfianza.

Le decían Jack.

Empresa y turismo en la sierra michoacana.

El fútbol mexicano sin samba.

DESDE HOY

Las desatinadas políticas del desastre petrolero.

DESDE AYER

La huella del Hospital General de México.

TESTIMONIO

Aniceto Ortega: Un médico multifacético.

ARTE

Robert Capa, Mensajero del tiempo.

CUENTO HISTÓRICO

Días entre cafés.

ENTREVISTA

Jesús Reyes Heróles. El ideólogo que explicó al PRI.

SEPIA

El linaje.

ISSN 2007-2775



7 2 6 1 4 >



9 772007 277006

